

ROSTROS

por Daniel

Calmels

Relato realizado sobre la base del caso de Isabelle D., sometida al primer trasplante facial, durante el mes de diciembre de 2005.¹

La boca del animal se estrella sobre el rostro aterrorizado de Isabelle. Con sus manos intenta separarlo y siente la desgarradura de su cara arrancada por la boca del perro que se retira muda. Lleva sus manos a la cara, ambas, cubriendo su rostro dolorido, desfalleciente. En su cara los músculos luchan por recomponerse, la piel desgarrada dispone de un plan de emergencia, intenta cerrar, cubrir, extenderse en el vacío. La piel tiene su esencia en la continuidad y la garra dental que la descompuso, deshizo su constancia. Isabelle grita como puede, su boca duele en el grito. Isabelle mira como puede, sus ojos son espejos retrovisores que intentan descubrir su reverso de carne.

Al nacer Isabelle lloró y aspiró y se contrajo con el rostro aún incierto de una cara de recién nacido. La cara de un bebe es saturada de miradas amorosas,

¹ Avignolo María L., “La mujer del primer trasplante facial dijo que está conforme con su nueva cara”, en *Clarín*, Buenos Aires, 8/ 12/ 2005.

pinceladas subjetivas para armar esa cabeza esperada que al asomar entre las piernas maternas traspasa el primer umbral. En este pasaje hay una refriega lubricada con la vulva materna. Fregarse contra esa pared nos deja una patina inaugural. La primera cara es mojada, húmeda, los primeros gestos son gestos acuáticos. En una orilla, bostezo sin aire, en la otra grito ardiente, calórico, oxigenado como nunca.

El perro se fue, tosiendo, estornudando, ahora estaba tranquilo. La cara de un perro no tiene rostro, se maneja con un conjunto de respuestas orgánicas: jadeos, aspiraciones, toses, carraspeos. El rostro es único, personal, histórico. Cada rostro humano almacena un álbum de semblantes posibles. Para el animal la cara basta. Para el humano la cara es una materia a trabajar en el diálogo corpóreo. En ella múltiples rostros, cientos de semblantes dejaron micro sustancias gestuales. El rostro, al fin, tiene una patente insoslayable. En cada rostro humano se encuentran las huellas gestuales de sus corporizantes, padres de cuerpo, al modo de un collage que compone el rostro.

Del perro ya no se habla, la guardia sanitaria lo adormeció primero y lo sacrificó después. En cambio la cara y el rostro de Isabelle están destruidos, han perdido consistencia ante cualquier mirada. Una cara y principalmente un rostro, cobra existencia y valor ante la mirada de otros. Un rostro en la oscuridad no es un rostro. Es necesario dar a luz. Nacemos con una cara sobre la cual construimos un rostro. Isabelle ha perdido parte de su cara y su rostro falla una y otra vez en el intento de expresarse o de presentarse ante otro rostro.

Los médicos que la asisten, revisan en los historiales casos similares. Las máscaras han sido un soporte para los hombres sin rostro. Isabelle ha decidido apelar a otros sensorios. Les pide a los médicos que la dejen ciega, de esta manera no se va a ver y evitará ver el rostro de quién la mira.

En su infancia la familia de Isabelle era muy alegre. Su madre sonreía a menudo, su padre elevaba las cejas entre la alegría y la seriedad. Su abuelo reía tomándose el vientre, dejando su boca abierta con su materia húmeda palpitante a la vista de todos. Su abuela inclinaba la cabeza hacia un costado era un guiño cefálico que abría las puertas del encuentro. Isabelle absorbía cada gesto facial, retenía y practicaba micro secuencias de rostridad. En cada rostro humano hay documentos del cuerpo familiar, sabiendo que no siempre lo familiar coincide con la familia.

Le explican a Isabelle la posibilidad de un transplante, la operación es posible, basta estar a la espera de una donación y probar. Isabelle se lleva las manos a la cara, el dolor se toca, y eso duele. Hasta ahora para Isabelle los trasplantes eran sin rostro, casi anónimos, sin nombre. Trasplantar el hígado o el corazón de X era fácil de incorporar, se podía temer al rechazo, pero el hígado o el corazón de X no tienen cara, se introducen en la vida orgánica de manera anónima para quién mira desde afuera. El corazón de X no me hace tan diferente. El corazón humano como órgano es plural, casi estándar, puede funcionar siguiendo la metáfora mecánica como una bomba que tiene su repuesto, y siguiendo la metáfora botánica como un transplante o un injerto. En cambio la

“cara visible”, “el rostro”, son fenómenos de identidad. Dar la cara es mostrarse, enfrentar la cuestión, pero recibir la cara de..., como nombrar, como poner palabras.

Cuando Isabelle tenía tres años aprendió a poner cara de enojada, a los dos a sonreír y a hacer trompita, cuando Isabelle tenía un año reía como ríen los pequeños, una risa visceral, aún no racionalizada. A los cuatro años por primera vez se pintó los labios con un lápiz labial de su madre. Durante esa tarde trató de no juntar los labios manteniendo la boca semiabierta. Su hermano la cargaba porque se le escapaba la saliva. Los labios son esfínteres de varias funciones. Válvula de los líquidos, puerta de la ingesta, llave del habla. No toda lengua construye un habla. Ese perro insistente no tenía ni rostro ni habla, aunque sí cara y lengua. Cuando Isabelle cumplió seis años descubrió sus frentes y sobre ella sus cabellos, con un peine mojado armaba un flequillo corto, marco personal a la configuración de su rostro. Más de una vez el pico filoso de la tijera se llevó consigo varios mechones.

El donante llegó antes de lo esperado. Fue medido y mensurado en toda la extensión de su cara. Nada se le dijo a Isabelle antes de confirmar que había coincidencia perimetral y compatibilidad orgánica. Isabelle estaba decidida, esa que había quedado después del accidente no era su cara, en ella no se reconocía y todo intento de reconstruirse en un nuevo rostro había fallado. Su identidad estaba en crisis, no podía reconocerse en una parte de su cuerpo, y lo que era aún peor, los demás la reconocían a retazos, a fragmentos. Sus ojos y la frente no

estaban dañados. Tu mirada sigue siendo tu mirada le decían, aunque nadie hablaba de la tristeza en sus ojos. Le pedieron que firmara un largo escrito en el cual se aclaraba lo irremisible de su decisión, la sensibilidad de la materia transplantada y de la desechada era tal que esta era una práctica sin regreso.

Una cosa era ponerse una careta y otra pintarse la cara. Sus padres no la dejaban, decían que los niños no se pintan, que se ponen caretas. Decían que cambiar el rostro era cosa de grandes y que cualquier modificación en la cara de un niño lo podía afectar para siempre. Su mamá le decía que no se pusiera bizca, que si en ese momento pasaba un ángel sus ojos quedarían así para siempre. Su mamá le decía que no frunciera el seño que tratara de sonreír, que de tanto poner cara de enojada se le iba arrugar la frente. Le decía que se limpiara las lagañas, que eran cristales de lágrimas muertas, que los ojos tiene que estar libres de difuntos. Le decía que retirara el cabello de la cara que el rostro de una mujer tenía que estar iluminado.

Ella pidió anonimato, dijo que aceptaba, que prefería otra cara a tolerar los deshechos de la suya. Ella pidió privacidad, no quería mostrarse a las cámaras ni a la vista de los periodistas. Los médicos no le decía que era una operación más.

Los directores del diario matinal de mayor tiraje, quisieron firmar un contrato en exclusividad. Las casas de maquillaje se mantuvieron a la espera, invertirían solo sobre el éxito.

Isabelle no sabía si mirarse antes de la operación, si merecía despedirse de un rostro que acentuaba su ausencia.

En la adolescencia se le ocurrió varias veces la posibilidad de operarse de la nariz y del mentón. Una amiga lo había hecho y había quedado bien. Primero los padres consultaron con un psicólogo, les dijo que Isabelle quería borrar un rasgo familiar, todas las mujeres de la familia tenían nariz grande y mentón retraído, no era más que una regla biológica de compensación, así había dicho otro especialista, argumentando que para que la nariz avance la boca debe retroceder. Al fin no se operó, esa era su cara, la que avivaba todos los días frente al espejo, la que había aprendido a reconocer y apreciar.

Todo era luces en esa mañana. Las luces del quirófano, blancas, precisa, eficientes. Las luces del hospital, a pleno, mostrándose al mundo. Las luces de las cámaras adelantándose con su esplendor el lugar donde debía enfocar el lente. El equipo de cirujanos cumplió con su trabajoso plan paso a paso. Casi no hubo inconvenientes serios, salvo la incomodidad que produce la manipulación de lo nuevo. En las manos de los cirujanos no había hábito ni costumbre para un trasplante de cara. La doctora que realizó el primer corte, en la noche anterior revisó algunas fotos de su infancia, buscaba rasgos de su identidad. La identidad es enemiga de lo idéntico, por eso rechaza la réplica, aunque es amante de la constancia.

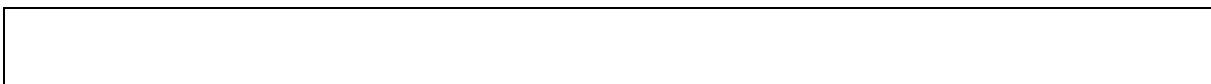
Tendría una nueva cara, sobre ella recaerían todas las miradas. Su cara se había transformado en un visor. En un espacio irrenunciable al re-conocimiento. Reconocer es un término especial, puede leerse en un doble sentido y mantiene

su identidad. Reconocer es un término capicúa. También el rostro como prueba de identidad debe tener su ida y vuelta. Poder ser reconocido como propio por uno y como ajeno por otro. Como propio de otro por un ajeno y como ajeno del otro por uno mismo.

La boca del animal se estrelló sobre el rostro de F. Con sus manos intentó separarlo y sintió la desgarradura de su cara. Recobró vida. Su boca y parte de la nariz estaban hechas jirones. Horas antes, cuando se desvaneció sobre la alfombra, sintió que corría su saliva por la comisura de los labios y que las pastillas que había tragado desesperadamente le dejaban un gusto amargo. El perro la vio llorar y llevarse a la boca un puñado de somníferos. Al verla desmoronarse se inquietó como nunca. Primero lamió sus labios, luego mordisqueó con inquietud la nariz, la pera y la boca. Después cuando su ritmo respiratorio descendió peligrosamente comenzó a morder y a desgarrar.

Cuando Isabelle se enteró que lo habían matado se puso a llorar, su perro fue el primero que vio resquebrajarse su rostro durante el día y desaparecer sombrío durante esa noche.

El rostro es una estructura dinámica que se desarma durante el sueño, al dormir solo nos queda la cara matizada por oleadas de rostridad que el sueño produce. En la vida de Isabelle el rostro neutro de la noche había continuado en el día. Su perro mordió para reanimar la carne.



Cuando se le pide a un niño que nombre las partes de su cuerpo, rara vez nombra la *cara*, aunque en casi todas las veces nombra los elementos que constituyen la *cara*, como son los ojos, la nariz, la boca, etc. La *cara* resulta una composición, que con los mismos elementos, dispuestos con sutiles cambios, logra su originalidad. La *cara* es un concepto anatómico, designa una zona² del cuerpo. La anatomía nos permite nombrar al organismo en sus distintas partes.

La medicina trabajó con insistencia en la posibilidad de delimitar las diversas composiciones de la cara para cuyo fin creo el concepto de *facie*. Las diversas patologías tienen una *facie* particular. Su diagnóstico "*Puede orientar hacia un determinado sistema o aparato y en ocasiones hacia una enfermedad definida*"³. Las *facies* según la configuración de la cara pueden darnos indicios de una alteración genética o congénita como es el caso de la *Facies mongólica*: Cara redonda, con borramiento del ángulo interno de los ojos, nariz en silla de montar, etc.

Aunque se pueda delimitar la estructura de la *facie* el *rostro* de cada persona tiene una configuración particular, dos niños con la misma enfermedad genética tienen *rostros* distintos.

El concepto de *rostro* nos liga a la historia singular de cada sujeto y a la situación particular en la que se encuentra.

Parte de la identidad de un cuerpo se sostiene en el *rostro*, cuerpo que a su vez estará condicionado por el contexto en el cual se forma. En este sentido

² El término *zona* parece indicar un espacio menos cortante y más integrado que el término *parte*, más relacionado con la fragmentación, en forma de porción o parcela, posible de desprender y aislar.

³ Pergola F.- Okner O., *Introducción a la Semiología*, Buenos Aires, Eudeba, 1983.

tomando una frase de Deleuze y Guattari, hay una “*producción social de rostro*”⁴. Haciendo hincapié en esta presencia del *rostro* por sobre el resto del cuerpo Deleuze y Guattari dicen: “*La descodificación del cuerpo implica una sobrecodificación por el rostro*”. El *rostro* tiene un poder por sobre otras partes del cuerpo. El animal a diferencia del ser humano no se reconoce por el rostro, tanto el nombre como el *rostro* son dos de los significantes primordiales en la identificación de un sujeto.

Muchas cirugía de la *cara* pone en cuestión al *rostro*. El rechazo de la parte injertada no solo puede activarse en forma orgánica sino también psicológica. El organismo y el psiquismo se materializan en el *cuerpo*, el cuerpo se construye, no nos es dado, es producto de la relación humana.

DANIEL CALMELS: Escritor, Psicomotricista, Profesor de Educación Física Psicólogo Social. Fundador del área de Psicomotricidad: Servicio Psicopatología Infante Juvenil del Hospital de Clínicas (1980) Continúa en la actualidad como asesor. Investigador de las temáticas del cuerpo. Libros publicados: *EL CUERPO Y LOS SUEÑOS*, poesía. *EL CRISTO ROJO*, Cuerpo y escritura en la obra de Jacobo Fijman, Faja de Honor de la Sociedad Argentina De Escritores. *ESTRELLAMAR* prosa poética, primer premio Rodolfo Walsh-derechos humanos. *ESPACIO HABITADO. CUERPO Y SABER*, *Edipo en el árbol de la sabiduría. EL CUERPO EN LA ESCRITURA. DEL SOSTÉN A LA TRANSGRESIÓN El cuerpo en la crianza. EL LIBRO DE LOS PIES* Primer premio Ensayo del Fondo Nacional de las Artes. *QUE ES LA PSICOMOTRICIDAD. EL CUERPO CUENTA*, La presencia del cuerpo en las versificaciones, narrativas y lecturas de crianza. *JUEGOS DE CRIANZA*, el juego corporal en los primeros años de vida. *MAREA EN LAS MANOS*, antología poética. *LA ALMOHADA DE LOS SUEÑOS*, relatos, 2007.

⁴ Deleuze Guilles - Guattari Félix, *Mil Mesetas*, España , PRE-Textos, 1997.

